

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1927 Sábado 12 de Febrero

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Cómo viven y trabajan nuestros escritores:* Horacio Quiroga, por Enrique Espinoza.—*La actitud ejemplar de Panamá,* por Manuel Roy.—*La voz de los costarricenses vigilantes.*—*La poesía contemporánea mexicana,* por Agustín Loera y Chaves.—*Se trata de Panamá, pueblo de honor,* por Eduardo Maduro.—*El señor Chocano replica al señor Jiménez de Asúa.*—*El Repertorio Americano,* por R. Brenes Mesén.—*Homenaje a Horacio Quiroga,* por S. G., Roberto J. Payró, Benito Lynch, Rafael Alberto Arrieta, Fernández Moreno, Armando Donoso y Roberto F. Giusti.—*La guerra de los yacurés,* por Horacio Quiroga.

Cómo viven y trabajan nuestros escritores:

QUIEN NO conoce personalmente al autor de *El Desierto* se lo imagina alto y robusto, machete en mano, como un pionero, allá en las selvas misioneras. Y si alguien—yo por ejemplo—señalara a Horacio Quiroga en el paciente ciudadano que escucha, en silencio, una romántica sonata en la Wagneriana, no dejaría, a buen seguro, de provocar asombro.

—¿Cómo—diríame tal vez una linda admiradora del maestro—ese hombre de mediana estatura y ojos dulces es el vigoroso creador de *El salvaje*, *Un peón*, *Los mensú* y demás historias de la selva?

Justificado asombro si la encantadora chica olvida que Horacio Quiroga es asimismo autor de *Miss Dorothy Philipps*, *mi esposa*, *La meningitis y su sombra*, *El Solitario*, y otros cuentos de amor, de locura y de muerte...

Con todo, esa imagen gigantesca que sugiere el escritor a través de su obra es exacta. Como que viene a ser su verdadera personalidad. Porque Quiroga, como el salvaje libre de Rousseau, que en alguna parte recuerda Reinach, no es un verdadero salvaje, sino un filósofo que se ha desnudado. Es decir, un



Horacio Quiroga

hombre que harto de prejuicios alternó un día su vida burguesa de ciudad con la vida heroica de la selva. Y antes de maravillarnos con la revelación fué el primero en maravillarse. De ahí que para decir cómo trabaja este escritor excepcional, no baste interrogarlo si escribe de noche o de día, si necesita tomar té o café... La obra de Quiroga está en íntimo acuerdo con su vida. Para saber cómo la forja, es preciso averiguar, primero, cómo la vive.

Yo he tenido la fortuna de pasar una temporada en su casa de San Ignacio y tratarlo, desde hace años, a diario, en Buenos Aires. Puedo pues hablar con cierto conocimiento del hombre y del artista que, como dije, en Quiroga se equivalen. Si alguna división cabe, es la que adoptó un crítico francés al hablar de Jules Renard: el hombre del campo y el escritor de la ciudad. Sin embargo, es bueno advertir que Quiroga conserva algunas ventajas de la civilización en San Ignacio y no olvida sus hábitos de hombre libre en Buenos Aires. Uno de sus mayores méritos consiste, precisamente, en saber estar solo sin apartarse de nadie. Pero de Quiroga ciudadano ha-

blaré en alguna otra oportunidad. Véamoslo ahora en su tierra prometida...

* * *

Lo mejor de la casa de Quiroga en San Ignacio (Misiones) es su maravillosa ubicación. La preferencia por tal lugar revela de por sí al artista que supo elegirlo hace más de veinte años, cuando todos despreciaban esa loma pedregosa, sin más encantos que los puramente panorámicos del paisaje.

Allá fué Quiroga y a punta de pico logró transformar ese yermo solitario en un mirador ideal. Duro trabajo el de arraigar árboles en esa tierra; pero en Misiones todo florece—hasta los postes del telégrafo,—y Quiroga a fuerza de paciencia, después de levantar tabla a tabla y piedra a piedra, la casa, plantó alrededor de ella, pindós, eucaliptos, bocayás y otros árboles de la región. Además un bambuzal numeroso y unos cuantos mandarinos decorativos que en invierno se levantaba a cuidar con la estufa para que no se helaran en las madrugadas...

Ahora puede verse la casa de espaldas al pueblo que, no obstante, es la primera en anunciar, limitando el paisaje que, visto desde la meseta es único.

Al frente, entre los rosados cantiles del Teyucuaré y los montes, casi vírgenes, de ambas costas, la parte visible del Paraná resulta un lago perfecto, allá en el fondo del valle. La embarcación que viene de Posadas, vista desde arriba y en el aire transparente del mediodía, es un simple barquichuelo; y su estela, de espuma, apenas un trazo de tiza sobre el agua opacamente gris. Eso sin antejo, se entiende.

La casa y todo lo que hay en ella es obra de Quiroga. Y aún ahora, después de haber trabajado diez años en ella, le dedica sus vacaciones. Como que su cariño a las muchas cosas que contiene nace justamente del esfuerzo que cada una le representa. Son su vida y lo que es más, su vida de ayer: sus recuerdos de felicidad compartida con la esposa, primero, y, muerta la esposa, con los hijos, después.

¡Quiroga y sus chicos: Eglé y Darío! Un verdadero poema de la vida y no verbal esta franca trinidad sin misterios... Hubiera sido necesario un libro entero para expresarla de no haber encerrado él mismo Quiroga toda su poesía en treinta páginas insuperables: las de su relato *El Desierto*. Y sin embargo, que sensación de estarnos contando cosas naturales, casi sin importancia.

Aquí puede verse a los protago-

nistas de aquel cuento diez años después. La fotografía es reciente y vale muy bien un cuadro. Entre la *Gua-gua* que ya esboza una sonrisa de señorita, y el *Pipí*, francamente feliz en su adolescencia, el padre tiene la expresión del hombre que no ha vivido en vano sus días bajo el sol. Y esto, literalmente, no por estilo bíblico... Hondas huellas surcan su rostro curtido por la intemperie, y las manos endurecidas en el trabajo acentúan la fatiga de los ojos. Sin embargo, el cuerpo joven y vigoroso, responde como una máquina. Es realmente admirable el entusiasmo con que Quiroga realiza su labor de cada día. Desde muy temprano puede verse en su taller disecando algún bicho preparado la vispera o cepillando un remo para la canoa que él mismo cortó con su asombrosa exactitud. Después, la interminable serie de experimentos. El escritor urbano se convierte allí en ensayista... Todo le interesa y todo lo intenta: fabricación de creolinas y superfosfatos; extracción de caucho y anilinas; destilación de leña y naranja, y qué sé yo cuántas cosas más. Su carpintería está lejos del taller mecánico y más lejos aun del laboratorio químico. Con todo, Quiroga se las arregla. A él le basta para sus inventos el magnífico horno que se ha construido y las muchas limas y cepillos que adquiere aquí cada vez que le reprochan la aspereza de su estilo...

En *Los fabricantes de carbón*, uno de sus cuentos más famosos, pinta magistralmente esas veleidades. Alguien ha dicho con tal motivo: «Quiroga se resarce de lo que pierde en sus ensayos: contándonos luego cómo lo perdió». La cosa tiene gracia. Y de ser también cierto, todos sus ensayos deben juzgarse un éxito para él y sus lectores.

* * *

Sería muy largo detallar los trabajos y los días del maestro en San Ignacio. Este pueblo hasta ayer sólo conocido por sus ruinas del Imperio jesuítico, ya lo está siendo por obra constructiva del escritor. Su llaneza igualitaria no es óbice para que la gente del lugar lo admire. Sobre todo, como a hombre extraordinario. Cien anécdotas disparatadas corren acerca de su vida. Y eso que su casa queda muy lejos del pueblo y que él apenas lo atraviesa en motocicleta una o dos veces por semana y a todo escape. No tiene tiempo para más. Su mundo se reduce a su taller y a sus hijos. Nunca se ha visto padre más cariñoso ni más adorado. Es para ellos maestro y compañero. Con él están seguros en cualquier parte. Y los dos lo siguen en sus gustos. La

nena, en el cuidado de los animalitos. El coatí (Tutankhamón), el venado (Dick), el buho (Pitágoras) y el yacaré (Cleopatra), son sus amigos. El chico prefiere la moto, la canoa y la escopeta. Sueña cazar todos los cuervos al vuelo...

Quiroga gusta realizar con su chico diarias salidas al monte. En el monte se encuentran siempre cosas por vez primera. Sobre todo, cuando no se va en busca de algo determinado. En tal caso, se encuentran ante una víbora de metro y medio... Pero yendo con Quiroga no hay cuidado. La matará de un certero golpe en la cabeza y luego en su taller le quitará cuidadosamente la piel para colgarla, como un trofeo, en su fantástico *home*.

Con frecuencia esas salidas al monte resultan verdaderas excursiones con programa de moto, río y subidas al Teyucuaré, erizado de cantiles hasta una altura de ochenta metros. A veces, se agregan a los excursionistas Escalera, el hombre de confianza de Quiroga, y su hijo Juan, gran amigo de Darío, que tiene con él interminables proyectos de cacería...

Las lluvias, tan súbitas y frecuentes en Misiones, suelen deparar un regreso heroico con el Paraná lleno de correderas y restingas. Quiroga sabe salvarlas hábilmente a fuerza de remo. Tiene gloriosos antecedentes en la materia. Una vez se hizo, en dos días, los 120 kilómetros que hay entre ida y vuelta desde San Ignacio a Posadas. Los más fuertes relatos de *Anaconda* han nacido en estas correrías en su *Pirabebé*.

Los viajes al Yabebirí en busca de tabatinga lo tienen a Quiroga siempre entrenado. La tabatinga es el barro menos arcilloso de la costa y Quiroga siempre se provee de él para las noches de lluvia que es cuando fabrica cacharros. Cerámica, como él dice. El gran horno funciona hasta tarde y mientras los chicos, como en una escena de *El Desierto*, aporrean los discos del viejo gramófono Quiroga modela esos animales inauditos que luego adornan de color local su casa de Vicente López.

Algunas noches, cuando hace frío, la familia se reúne alrededor de la estufa en el fantástico *home* lleno de pieles, plumas de pájaros y tapices con figuras prehistóricas... Eglé entonces lee novelas sentimentales y Darío descifra invariablemente un catálogo de armas en francés. Quiroga aprovecha, para felicitar, a máquina, a algún Monteiro Lobato que allá en el fondo del Brasil dejó los negocios editoriales por una plantación de árboles.

De cuando en cuando, suele caer algún amigo literato de Buenos Aires. Si esto sucede a medio día, Quiroga

le improvisa enseguida unas polainas de trapo contra las mordeduras de víboras. Luego lo conduce a los yerbales inmediatos, le enseña a caminar en el monte y tras un largo paseo le quita toda idea libresca acerca del país, mediante un tranquilo crepúsculo sobre el río.

De noche, cuando el huésped va a dormirse rendido, después de una cena bajo los naranjos y a la luz de la luna que asoma entre los bambúes, descubre que por las vigas del techo las ratas bajan a leer a Homero, Dante y Shakespeare en los anaqueles de una abandonada biblioteca... Entonces confirma que el dueño de casa es un artista, un gran artista, que se lo debe todo a su sensibilidad y a su experiencia. Pero literato al fin, recuerda un verso clásico que, a su juicio, resume la moral y la filosofía de Horacio Quiroga:

Iguala con la vida el pensamiento.

Y a fe mía que a nadie puede aplicarse este verso con mayor precisión. La vida de Quiroga es un poema y ese poema es también su obra, áspera, fuerte, salvaje, como el país que él incorporó para siempre a la literatura nacional.

ENRIQUE ESPINOZA

(*Caras y Caretas*, Buenos Aires)

LA COLOMBIANA

SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

TELÉFONO 1283

Frente al Pasaje Jiménez. Al lado de la Botica Oriental

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Club en series a ₡ 3.50 semanales. Haga una visita y se le darán detalles.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

La actitud ejemplar de Panamá

Una de las Patrias nuestras que se salvará porque sus dirigentes oyen y por lo tanto, se educan

La Asamblea Nacional de Panamá en su sesión de ayer tarde aprobó la siguiente Resolución:

La Asamblea Nacional de Panamá

CONSIDERANDO:

1.º—Que desde el 15 de Diciembre de 1926 está sometido a la consideración de la Asamblea Nacional el Tratado suscrito por los Plenipotenciarios de la República de Panamá y de los Estados Unidos de América;

2.º—Que la comisión de la Asamblea Nacional a cuyo estudio pasó el Tratado no ha presentado informe aún, sin duda por ser tan graves y complejas las cuestiones que de este Tratado se desprenden;

3.º—Que el Senado de los Estados Unidos de América no ha considerado todavía el expresado pacto y que está próxima la clausura de sus sesiones actuales;

4.º—Que algunas de las estipulaciones del Tratado han producido honda repercusión en el ánimo del pueblo panameño y lo mantienen en ansiosa expectativa; y

5.º—Que es altamente conveniente para los intereses de la República mantener las más cordiales relaciones con los Estados Unidos de América, para lo cual es preciso que esas relaciones queden reguladas de tal manera que en lo futuro, no pueda surgir ninguna clase de divergencias,

RESUELVE:

Suspender la consideración del Tratado suscrito en Washington el 28 de Julio de 1926 por los Plenipotenciarios de la República de Panamá y de los Estados Unidos de América, hasta tanto el Poder Ejecutivo haya tenido oportunidad de gestionar una vez más lo conducente a conseguir soluciones que satisfagan plenamente las aspiraciones de la nación.

Panamá, 2 de febrero de 1926

Señor don Joaquín García Monge

San José

Mi querido don Joaquín:

...Probablemente ya sabrá qué fin ha tenido el proyecto de tratado entre Panamá y Estados Unidos que usted publicó en su REPERTORIO. Le incluyo el recorte de un periódico en que está publicada la resolución de la Asamblea de Panamá que ordena suspender la consideración de ese tratado, hasta tanto se consigan por el Ejecutivo «soluciones que satisfagan plenamente las aspiraciones nacionales».

Ha sido éste un hermoso triunfo de la opinión pública en Panamá. Qué conmovedor espectáculo el que presentó la República entera en esos

días en que la Asamblea estudiaba el tratado. Se olvidaron rencillas y viejas divisiones políticas. Así se vió el caso de que por primera vez marcharan unidos nacionalistas, liberales, socialistas y las uniones católicas, en la defensa de un ideal común.

De todos los puntos del país llegaban protestas a la capital: hombres y mujeres, sin distinción alguna, pedían a la Asamblea que no aprobara un tratado que consideraban perjudicial para los intereses sagrados de la patria y de la raza.

Estudie esa resolución que le envío y dése cuenta, mi querido amigo, del valor que ella tiene, máxime si se consideran las condiciones excepcionalmente difíciles y desventajosas en que se encuentra Panamá. La actitud del pueblo panameño es una reconvencción y un estímulo. Reconvencción para aquellos publicistas inescrupulosos que condenan *a priori* a un pueblo sin oírlo, y que en vez de ayudarlo en sus luchas y dolores no hacen más que infamarlo. De reconvencción también para todos aquellos pueblos de nuestra raza que engolfados en disputas suicidas no terminan sus querellas de aldea o internacionales para acudir en defensa del hermano débil que solo no podrá resistir los avances de un poder incontrastable. De estímulo para los hombres buenos y patriotas de nuestro continente que con ello comprenderán que no todo está perdido mientras haya quienes no desmayen, a pesar de cualquiera decepción, en la obra santa de crear una conciencia continental y ser fieles al grande ideal del Libertador Bolívar.

Su amigo afmo.,

MANUEL ROY

La voz de los costarricenses vigilantes

Señores José Guerrero, Octavio Jiménez, Julio Padilla y Eduardo Carrillo.

San José

Señores:

Desde aquí envío mi calurosa felicitación por el formidable y justo informe presentado por ustedes, contra los contratos bananeros.

Anhele mil votos de energía para que ustedes triunfen con sus ideales por el bien de la patria.

MARCELINO CANALES

Sardinal, 24 de Enero de 1927.

La poesía contemporánea mexicana

Conferencia sustentada en el Anfiteatro Michelet de la Sorbonne

Por Agustín Loera y Cháves

...Aquí le envío, por si le interesa, el texto de mi conferencia inaugural del Curso de Literatura Hispano-americana y Mexicana, que por primera vez se ha establecido en la Universidad de París. El inmerecido honor que la Sorbona me ha hecho invitándome a dar este curso lo cumplo pensando solamente en el beneficio que reporta a nuestra cultura, situar en la conciencia de los universitarios de París la latitud intelectual de nuestra América.

Mucho le agradezco a Ud. me envíe a este Consulado Gral. de México en París, (15 Bd. de la Madeleine), sus interesantísimas publicaciones.

LOERA Y CHÁVES

INTENTO presentar, domando difícilmente mi timidez, el panorama exuberante y variado, en ocasiones arisco, pero seguramente preñado de potencia creadora y con artistas de indiscutible originalidad, de la Poesía Contemporánea Mexicana.

Me he visto forzado a limitar este bosquejo de nuestra lírica a unos cuantos de los poetas contemporáneos, por razones de tiempo y por consideraciones de orden actual: un estudio de la poesía moderna mexicana para ser completo debe partir del movimiento iniciado por el grupo de *La Revista Azul* (1894) y amerita el análisis de la obra de los seis poetas máximos de México, el conocimiento de los otros líricos consagrados, la actividad desarrollada alrededor de *La Revista Moderna* (1898-1911), y del Ateneo de México (1912) y la dilucidación de las corrientes extranjeras que han influido poderosamente en la producción mexicana. Todo ello requiere mucho tiempo. Uno solo de los grandes poetas sería tratado brevemente en una conferencia; además en el *Institut d'Etudes hispaniques* haré, con espíritu histórico y crítico, este estudio relacionándolo con el movimiento literario de América. De ahí que, con peligro de presentar un cuadro al que le falte el fondo que valore las perspectivas y que explique las relaciones de entonación y claroscuro, me he propuesto hacer desfilar rápidamente a los poetas que estando en plena producción, tienen algún significado en la vida literaria de México y a uno que otro, de los ya muertos, que ejercen un influjo decisivo en la juventud. Figuran, en consecuencia, al lado de nombres consagrados dentro y fuera, algunos con sólida reputación en el extranjero, los poetas cuya obra de madurez tiene valor actual y los jóvenes de 20 a 30 años que siendo algo más que una promesa, manifiestan la inquietud lírica y la ansiedad de renovación de nuestro medio.

De los seis poetas mayores tres han muerto: Manuel Gutiérrez Nájera, el ilustre precursor con Darío y con Julián del Casal del movimiento moderno,—Manuel José Othón—el incomparable cantor del paisaje mexicano—y Amado Nervo—el poeta de las supremas purificaciones; uno vive en el glorioso receso de su obra apolínea, Salvador Díaz Mirón; Luis G. Urbina echa a volar «los últimos pájaros» aterciopelados de su musa doliente y romántica, y Enrique González Martínez realiza en mágica ascensión su escala de superaciones. De los tres que viven Díaz Mirón será siempre el supremo maestro de la fuerza, «del arte intransigente, de la altiva aristocracia y de la honda sabiduría»; Urbina compartirá el reino musical y discreto de las inefables añoranzas, del doliente humorismo, de la sensualidad romántica y González Martínez tiene y tendrá en México, por todas sus excelencias, el cetro de la poesía de honda emoción, de irisado simbolismo, de aristocrático sentido para escuchar el ritmo de la

vida. De los seis, es González Martínez el que ejerce, sobre una parte de la juventud un influjo próximo, lo que nos obligará a citarlo en su oportunidad aunque sea rápidamente, y los seis quedan, como dioses supremos presidiendo al banquete de las musas.

* * *

México, ese remoto país que entre los dos océanos augustos tendió a la avidez exploradora de la Europa del Renacimiento su cuerpo de argentada sirena para conectar, por un camino insospechado, los misteriosos hilos del arcano extremo-oriental con la cultura de occidente y que desde el maravillado siglo XVI ha dejado caer el tesoro de sus escamas metálicas; México, ese país vago y extraño que comparte topográficamente las amplitudes continentales de la América del Norte (me refiero al nombre físico y genuino y no a lo que la economía y la propaganda ha dado en llamar *América*), que sufre después la rítmica extrangulación de los Golfos vírgenes y establece, al fin, en la mesopotamia de Tehuantepec la articulación secular e histórica con Centro América, en un territorio social y mental que por no sé que ocultos fermentos—tal vez de ignotas ascendencias y de dolorosas purificaciones—va adquiriendo rasgos de severa personalidad, algo como las huellas digitales de un Dios primitivo que plasmara la conciencia de un pueblo sobre masas de diorita, con transparencias de cristal de roca. Marca una de esas arrugas expresivas la inquietud lírica de nuestra poesía contemporánea, exuberante como nuestras selvas vírgenes, indomable como nuestros mares salvajes, musical como el arrullo de nuestros lagos, doliente como el lamento de nuestras mitologías.

México sufre, a partir de 1911, una completa transformación: conmociones violentas sacuden desde su raíz la vida nacional, removiendo fuerzas desconocidas; además la catástrofe europea desvincula pasajeramente nuestra cultura de las fuentes sabias y ejemplares de Europa, principalmente de las de Francia, la venerable y gallarda maestra; España está siempre en el contenido de nuestra cultura. Como flor exquisita de la vida anterior llega a su apogeo en 1912 el Ateneo de México, último vestigio de los espíritus disciplinados, grupo superior que sintetizaba la cultura universal en nuestro medio, conocedor perfecto de la sabiduría clásica, informado minuciosamente de todas las corrientes modernas en las que se había depurado. Propiamente el Ateneo de México recoge el pendón estético que enarboló *La Revista Azul*, que esclareció con sus timbres *La Revista Moderna* y que un escaso grupo de veinte intelectuales que habían tenido maestros (¡Oh sombra venerable de Don Justo Sierra!) tremolaba señalando a las desgarradas y anhelantes juventudes que llamaban a la puerta, un sendero de perfección difícilmente asequible.

El Ateneo de México tuvo en su seno a los poetas González Martínez—impuesto ya entonces por su indiscutible valor—; a Manuel de la Parra—el poeta dulce de la gracia triste—; al refinado Eduardo Colín que había de navegar después con los mejores remos en el ingrato mar de la crítica; a Luis Castillo Ledón, a Julio Torri—uno de los más bellos talentos poéticos de México—; a Rafael López, a Alfonso Reyes, a Rafael Cabrera, a Alfonso Cravioto y a Roberto Argüelles Bringas.

Viven, sin producir desde hace tiempo, dedicados a otras actividades mentales o cultivando su huerto para futuras cosechas: Manuel de la Parra, Castillo Ledón y Rafael Cabrera, y el único muerto, Roberto Argüelles Bringas, dió al unísono la nota del dolor y de la fuerza con tan agria originalidad, que su poesía, aún dispersa, maravilla a cuantos la conocen. Alfonso Reyes explica así la inquietante personalidad de Argüelles Bringas: «tan fuerte, tan austero, tan áspero a la vez que hondo, poeta lleno de concepciones vigorosas, concentrado, elíptico, en quien la fuerza ahoga a la fuerza y el canto, sin poder desleírse, brota a pulsaciones». Como breve índice de su obra véase este poema que tiene resonancias diazmironianas:

Voluntad

Alcanzará mi corazón el alto
bien de una desolada y blanca cumbre,
donde no arda infinita incertidumbre,
ni queme misterioso sobresalto.

Lo alcanzará... creyendo que en asalto
heroico, será ciego en un deslumbre
glorioso... y callará su pesadumbre,
como el más negro bloque de basalto.

Y allí sabrá tan sólo del hastío
sagrado de las santas soledades;
y sereno y glacial, mudo y sombrío,
mirará frente a frente las verdades,
mientras soplen un frío, cual mi frío;
tempestades, como mis tempestades.

Antes de establecer las corrientes que vendrán a influir en la errante juventud de 1915, partiendo del Ateneo ya disperso, es justo señalar, por lo menos, algunos nombres ilustres: Francisco A. de Icaza, el erudito, el crítico, el delicioso, «cancionero de la vida honda y de la emoción fugitiva»; Manuel Puga y Acal, poeta de las tres baladas; Balbino Dávalos que ha puesto al servicio de sus traducciones la hondura, la sagacidad, la perfección técnica; Efrén Rebolledo, lirio de Hokusai que desfallece en paganas voluptuosidades; Luis Rosado Vega, de una modernidad sencilla y de sobria morbidez, y Esteban Flores.

Y llegamos al fin a los poetas, que en plena producción, gravitan sobre el ambiente atormentado e incierto de nuestras primeras convulsiones. De 1912 a 14 un poeta del Ateneo, Rafael López, que con intermitencias sigue puliendo esas pedrerías de facetas impecables, artífice de una técnica perfecta, impulsa generosamente a un grupo de jóvenes de balbuciente emoción, del que salen tres poetas estimables: Rodrigo Torres Hernández, ya muerto, Gregorio López y Fuentes y Francisco González Guerrero que tiene, en su escasa producción, verdaderos aciertos:

A un poeta

Has de ir con el alma honda de maravilla
embriagado al continuo perfumar del sendero;
y segarán tus manos discretas, ¡oh, romero!,
la alba flor de los tácitos augurios en la orilla.

Llevarás en asombro las pupilas, y en fiesta
inefable el espíritu... Y el corazón del día
mejor, hacia el ensueño, por la íntima floresta
irás cantando un salmo con perfecta alegría.

Hacia a la Vida atento el oído, las cosas
con su verbo infalible te hablarán; o un divino
silencio, cual remanso que sueña entre las rosas,
irá ampliando sus ondas cuando en él caiga un trino.

¿No ves la senda, al lejos, empapada en un lloro
estelar?... Tiemblan las hojas febles en una
exultación de nieve, y hasta el viento sonoro
pasa así como enfermo del blancor de la luna...

Las invisibles puertas del alma están untadas
de silencio... Ábrelas hacia el huerto interior,
y apacienta el oído y asombra las miradas,
porque en lo azul recóndito el alma es ruiñeñor.

Sigue después, romero—la lámpara tendida—,
deshilando las sombras que encapullan lo arcano,
y bajo las frondas próceres de la Vida
reposa, el bello instante del soñar cotidiano.

Y será tu vida una suave y sola sonrisa,
y el esfuerzo, de tu sabia vida ornamento...
Pasará por tu alma un hálito de brisa,
y por tu frente un vasto temblor de pensamiento.

La República sufre pasajeros colapsos que parecen suspender, en un angustioso vacío, el curso de la vida intelectual, desarticulando las corrientes educativas, interrumpiendo la evolución de las instituciones, disolviendo los cenáculos, empujando al extranjero a personalidades de renombre. Pero se opera entonces un fenómeno maravilloso de biología social: órganos hasta ese momento desconocidos, vísceras cuyo funcionamiento se ignoraba irrigadas hasta entonces por la vena misteriosa del cotidiano penar, se revelan al influjo de esa fuerza urgente y vital, que en torbellinos de potencia trae la necesidad en momentos de suprema angustia. Lo que en manifestaciones tangibles de la economía nacional es ya conocido del mundo, se opera en el pensamiento y en el arte mexicanos. De nuestras inquietudes, no tan dramáticas como se cree, surgió la revelación de un concepto nacional. La historia dejó de ser un conjunto de recuerdos convencionales para convertirse en una intuición poética del pasado. Las tradiciones remotas, desdeñadas, o lo que es lo mismo estaficadas por los arqueólogos, pasaron a ser fuentes de inspiración de los artistas; las leyendas coloniales dejaron de ser retablos empolvados; los palacios románticos, la maravilla de los templos, las ciudades, la campiña, las piedras, adquirieron estremecimientos cósmicos, y lo que es más importante aún, el alma popular habló... y comenzó a dictar su mensaje. La pintura, la música, la danza, la escultura, la cerámica y la poesía tienen hoy en México un sello absolutamente nacional.

¿Esto quiere decir que estamos desvinculados del resto del mundo? De ningún modo. La técnica, el *métier*, la cultura sigue informándose ávidamente de cuanto se hace en el extranjero, pero ha habido una profunda revalorización de los motivos inspiradores, una floración temática del paisaje interior. Ciertamente que este movimiento tiene todos los peligros de limitación del regionalismo para los que falsean el contenido por el continente: una es *la devoción de la sangre* y otro el ropaje de charrería. Tiempo vendrá en que esta manifestación lírica sacuda las ligaduras formales y conservando su perfume virginal aspire totalmente al universalismo, pero a un universalismo por osmosis. Además este no es sino un aspecto de nuestra producción—el más importante por ahora—y nos quedan

otros respetables por lo que encierran de belleza e inquietud, además de los ya consagrados.

Es entre 1914 y 1918—en pleno fermento—cuando surge el descubridor en la poesía de este tesoro íntimo: Ramón López Velarde, venido tímidamente de la provincia a la ciudad como un peregrino alucinado. Espíritu polifásico, mezcla de las más audaces y laberínticas complicaciones y de las más difíciles sencilleces, conservó hasta su muerte prematura, cuando «la edad del cristo azul se le acongojaba», el polvo sabroso del barro pueblerino. Poeta solitario y católico, con mentalidad aristocrática descubrió el derrame melódico de la emoción provinciana y lo instrumentó, no en rapsodias extranjeras, sino en originales canciones de raro y turbador contrapunto. Antonio Castro nos lo retrata así, antes de la aparición de *Zozobra* (su 2do. libro): «Poeta en parte profundamente sentimental, que no ha olvidado el país en que nació, ni las muchachas de su tierra, ni la virgen de su parroquia, ni la plaza de su ciudad. Es un poeta provinciano. Ya no existe en la poesía la diferencia entre vida del campo y vida de ciudad: hoy el campo ha desaparecido y nuestros más sobrios poetas no dormirían al raso, alimentados de manjares de égloga. El viejo ideal campestre cantado por la poesía latina, fué sustituido por el ideal de la provincia, que es una ciudad pequeña, que es antiguo campo, con las ventajas de que ha conservado la tranquilidad, la castidad, la bondad». Véase este poema de su primer libro:

A la gracia primitiva de las aldeanas

Vasos de devoción, arcas piadosas
en que el amor jamás se contamina,
jarros cuyas paredes olorosas
dan al agua frescura campesina;
todo eso sois, muchachas cortijeras,
amigas del buen sol que os engalana,
que adivináis las cosas venideras
cual hacerlo pudiera una gitana.

Hambre y sed padezco. Siempre me he negado
a satisfacerlas en los turbadores
goces de ciudades,—flores de pecado.—
Esta hambre de amores
y esta sed de ensueño
que se satisfagan en el ignorado
grupo de muchachas de un lugar pequeño.

Amo vuestros hechizos provincianos,
muchachas de los pueblos, y mi vida
gusta beber del agua contenida
en el hueco que forman vuestras manos.

Pláceme en los convites campesinos,
cuando la sombra juega en los manteles,
veros dar la locura de los vinos,
pan de alegría y ramos de claveles.

En el encanto de la humilde calle,
sois a un tiempo, asomadas a la reja,
el son de esquilas, la alternada queja
de las palomas y el olor del valle.

Buenas mozas: no abrigo más empeños
que oír vuestras canciones vespertinas
llegando a confundirme a las esquinas,
entre el grupo de novios lugareños.

Mi hambre de amores
y mi sed de ensueños
que se satisfagan en el ignorado
grupo de muchachas de un lugar pequeño.

Su ruta es breve, pero fosforescente: el arte estructurado y diáfano de *Sangre Devota*, su primer libro,

se complica; la maestría en el descubrimiento y la aplicación del adjetivo le preocupa; su segundo libro, *Zozobra*, está lleno de sorpresas, de bellísimos aciertos que encierran en la emoción dosificada y en la rota arquitectura del estilo, una teoría de personales perfecciones. Y López Velarde lo debía todo, o casi todo, a su genio. Lleno de secretas curiosidades para descubrir el ritmo de su alma y de su *suave patria*, odiaba «las ineptitudes de la inepta cultura» y a tal extremo era en él orgánica la originalidad que las lecturas recientes lo traicionaban. Recuerdo cómo, antes de escribir su último poema—la admirable síntesis de nuestro derrotero épico—, había saboreado el deleite del *Chevalier des Touches* de Barbey D'Aurevilly y en la *Suave Patria* encontré, creo que por única vez en su obra, una reminiscencia cercana, aquella de... «los brazos del correo chuan que remaba la Mancha con fusiles».

He aquí uno de los poemas de *Zozobra*:

Mi corazón se amerita

Mi corazón, leal, se amerita en la sombra.
Yo lo sacara al día, como lengua de fuego
que se saca de un ínfimo purgatorio a la luz;
y al oírlo batir su cárcel, yo me anego
y me hundo en la ternura remordida de un padre
que siente, entre sus brazos, latir un hijo ciego.

Mi corazón, leal, se amerita en la sombra.
Placer, amor, dolor... todo le es ultraje
y estimula su cruel carrera logarítmica,
sus ávidas mareas y su eterno oleaje.

Mi corazón, leal, se amerita en la sombra.
Es la mitra y la válvula... Yo me lo arrancaría
para llevarlo en triunfo a conocer el día,
la estola de violetas en los hombros del alba,
el cingulo morado de los atardeceres,
los astros, y el perímetro jovial de las mujeres.

Mi corazón, leal, se amerita en la sombra.
Desde una cumbre enhiesta yo lo he de lanzar
como sangriento disco a la hoguera solar.
Así extirparé el cáncer de mi fatiga dura,
seré impasible por el este y el oeste,
asistiré con una sonrisa depravada
a las ineptitudes de la inepta cultura,
y habrá en mi corazón la llama que le preste
el incendio sinfónico de la esfera celeste.

Sigue la huella de López Velarde, conservando para su memoria un recuerdo vehemente, Enrique Fernández Ledesma, poeta de elaboración también: ¿quién que se respeta no esmerila el estilo?

La hija de Fígaro

Es una donairoso peluquera:
busto pródigo, y ambar en los brazos,
y en los ágiles trazos
de su jovial cadera
¡toda la primavera!

Bate la espuma y rízase el venero
del jabón odorante
en un frágil vellón alucinante.

Estoy bajo el cautivo sortilegio
de un busto y de unas manos
convincientes... (Cumplido florilegio
de una cumplida estatua
sin poses de Academia, y sin arcanos
de Museo...) Me humillo ante la fátua
y amable autoridad de esa estructura
risueña, tibia, fértil y elocuente...

Y cinco nardos hunden su tersura
en la piel impaciente
de mi mejilla. Y la navaja riela
en mi rostro, con la animosa escuela
de Figaro... Un capullo
belicoso, pasea la cortante
hoja por el mentón; sube a mi labio,
y con mimoso maniobrar seguro
desvira el vello oscuro...

Mi boca está en flagrante
avidez suspirante
junto a la suave pulcritud armada,
y vacila entre un beso o un mordisco,
según la absurda voz de mi galán
corazón levantisco:
(el aurículo izquierdo es San Francisco,
y el derecho... tal vez Abderramán).

Pero el capullo cimbreado baja
y sube. Y su fulgor
se funde en el destello
de la ritual navaja...
¡Y ahora la navaja está en mi cuello!

No respiro. Tal vez
el rencor secular
o el Evangelio escaso
de esta Judith ladina,
vean, en mi contrita yugular
trasuntos de Holofernes... por si acaso
no he saldado una cuenta femenina!

Sin haber salido jamás de su irónica ciudad, Francisco González León fué revelado, a su pesar, con unánime asombro. Hay en él tal sencillez campesina, tan delicados atisbos que los matices adquieren sorprendentes valoraciones. Recuerdo, por ejemplo:

Sus manos, lenidades de paloma,
sus manos escolares que me empuñé en besar,
sus manos que exhalaban el aroma
de un lápiz acabado de tajar.

A falta de otros ejemplos véase este poema:

¿Dónde?

¿Dónde estará aquel libro
de estampas viejas
en que halló mi pueril avidez
ensueños, despertares y consejos
que perduran aún en mi vejez?

Siestas de la casa paterna
en que todo dormía
dentro del caserón;
y en que yo encendía la linterna
de mi imaginación
con los grabados viejos
de aquella *Ilustración*...

En su sillón de mimbres
dormía la abuela.
Era la hora de ir a la escuela.
Las tapias eran altas,
el patio era una sombra:
un canario decía su repentina escala,
y de codos,
a lo largo tendido sobre la alfombra,
yo hojeaba el viejo libro
dentro de la vieja sala.

* * *

De entonces,
¡cuántas cosas pasaron por mi vida!

las unas de bajada,
las otras, de subida!

De todas y de todo
yo llevo algún trasunto;
la vida y la candela
quemáronme las cejas,
y aunque la ciencia diga
no creer en las consejas,
con instinto pueril aún me pregunto:
¿Dónde estará aquel libro
con sus estampas viejas?...

Muy cerca de este movimiento está José de J. Núñez y Domínguez, poeta y cronista de tornasoladas y oblicuas visiones. «En su producción lírica coexisten —decía López Velarde— con un equilibrio que no logro puntualizar, un empeño lascivo y una renunciación honesta».

Sortilegio lunar

Estoy en el jardín. Paz oportuna,
soledad perfumada en que se siente
que el alma es una fuente
llena del sortilegio de la luna...

Juegan los niños al redor del viejo
surtidor de alabastro,
de cuyas aguas en el roto espejo
pone la timidez de su reflejo
el fulgurante corindón de un astro.

Llegan María, Rosa y Margarita,
y hay en la sencillez de su aldeano
vestir, un hondo encanto que me incita
a ser bueno. Todas tienden la mano
a los novios. Se encienden en sus ojos
las luciérnagas de una ansia escondida,
y con un inesperado advenimiento,
la belleza inefable de la vida
pasa como un aroma por el viento...

En este embrujamiento de la luna
hasta la melancólica plazuela
tiene un vibrante espíritu que anhela
alzarse hacia los cielos... La barriada
parece que se vela
con el cándido tul de una nevada...

Ah, los brazos que tiemblan... Ah, el desmayo
de las tres cabecitas que yo miro
tristemente, al soslayo...

Ah, romántico y púdico suspiro
que hace temblar sus senos... En la sombra
se esfuman como sombras fantasmales
otras parejas y cruje la alfombra
de las postreras hojas otoñales...

Estoy en el jardín pobre que ampara
el amor sin fortuna.
y en el misterio de la noche clara,
en la paz luminosa, en la oportuna
soledad, el dolor punza mi frente...

Y mi alma es una fuente
llena del sortilegio de la luna.

Alfonso Cravioto, cabalga entre el grupo refinado de los modernistas y la vanguardia del mexicanismo. El tumultuoso cantor de la audacia, el ferviente admirador de Francia, ha puesto al servicio de su lírica el tesoro de las leyendas coloniales y el eco evocador de las mitologías indígenas.

(Pasa a la página 91).

1901 - Número dedicado a don Horacio Quiroga - 1926

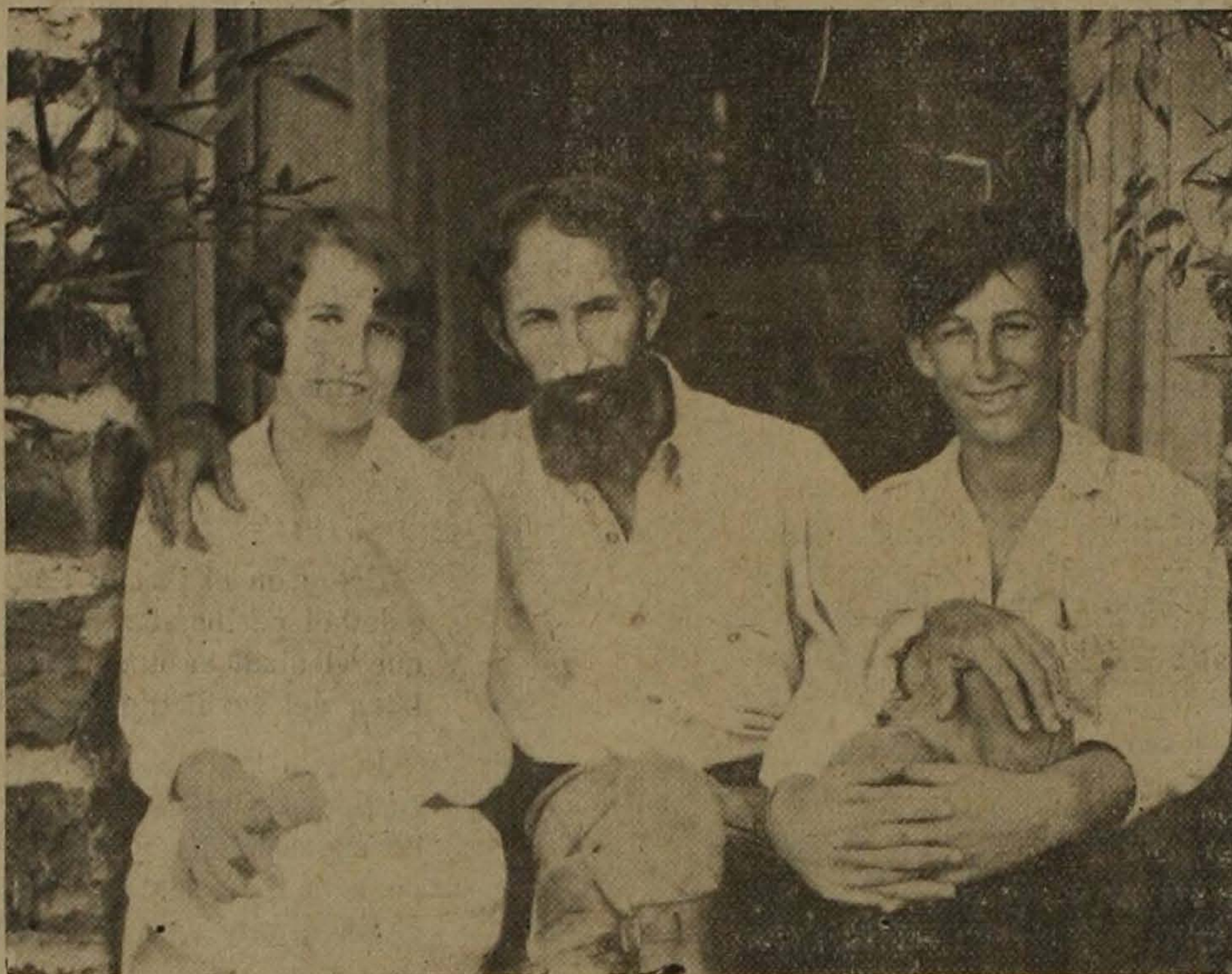
En nuestra opinión,
el cuento propiamente
dicho, ofrece sin disputa
el más amplio campo
que se encuentre en
los vastos dominios de
la prosa para el ejercicio
supremo del talento

EDGAR ALLAN POE

=De Babel, Buenos Aires=

Horacio Quiroga. 1901-1926

Por S. G.



Horacio Quiroga y sus hijos

CUANDO Horacio Quiroga publicó, en 1901, *Los arrecifes de coral*, —su primer libro de prosa y verso— Leopoldo Lugones le predijo, en extensa carta un seguro porvenir de prosista. Algunos años después *El crimen del otro* confirmaba la muerte del joven poeta y el nacimiento de nuestro primer escritor de cuentos. En 1908, *Historia de un amor turbio* y *Los perseguidos* colocaron a Quiroga a la cabeza de los novelistas nacionales. Y diez años más tarde los *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, revelaban, ya sin lugar a dudas, al primer cuentista de lengua castellana. *Una estación de amor*, *La muerte de Isolda*, *El Solitario*, *La gallina degollada*, *A la deriva*, *Los mensú*, *El alambre de púa*, *La meningitis y su sombra*—todos cuentos magistrales—mostraron las diversas fases del talento creador de Quiroga y su enorme potencia para desarrollar una novela en pocas páginas. El éxito de ese libro fué grande y marca todavía una fecha en la literatura argentina. Pero en los diversos géneros en él cultivados los cuentos de la selva fueron los que más rápido conquistaron la celebridad del autor. *El Salvaje*, *Anaconda* y *El Desierto*, reafirmaron después dicha preferencia en el extranjero. Y por cierto que cualquiera de estos libros bastaría para imponer un escritor en cualquier literatura de cualquier país.

En nuestro ambiente Horacio Quiroga es un caso único. Nadie menos profesional que él ni más artista. De ahí su enorme prestigio y su estilo inconfundible. El cuento corto—siempre una novela en potencia cuando es bueno—no alcanza entre nosotros la difusión lograda en Norte América; pero ya lo va consiguiendo. En tal sentido Quiroga debe ser considerado un precursor y su acción doblemente meritoria puesto que él ha desdeñado—desde un principio—el fácil favor del público. Ahora mismo, su prestigio sólo es real entre personas cultas y

sobre todo entre personas de espíritu crítico, no lectores de novelas sentimentales. Por eso, también, su influencia se hace cada vez más evidente en los que cultivan el mismo género. Y es que la obra de Quiroga, precisamente por ser tan singular, llena la visión de nuestros mejores cuentistas. Víctor Juan Guillot, Guillermo Estrella, Elías Castelnuovo, Ricardo Güiraldes, Armando Cascella, Arturo Mom, Enrique Espinosa, Guzmán Saavedra y muchos otros siguen sus huellas con éxito. Algún día le dedicarán, sin duda, el *Liber Amicorum* que se merece.

Mientras, ponemos al frente de tantas páginas que lo proclaman maestro una breve biografía hecha por uno de sus discípulos más inmediatos.

Horacio Quiroga es oriundo del Salto, República Oriental del Uruguay. Nació en el consulado de la Argentina el 31 de diciembre de 1878, siendo su padre a la sazón, cónsul argentino en la ciudad mencionada. Esto añadido al hecho de que sus abuelos fueron argentinos y que durante su vida de escritor se ha dedicado a describir y estudiar ambiente, regiones y tipos genuinamente argentinos, autoriza a concederle un sitio en la literatura nacional como uno de los nuestros.

Hasta los seis años Quiroga per-

maneció en la ciudad del Salto y, después de una estada de tres años en Córdoba, pasó a Montevideo donde quedó hasta los veinte empezando estudios universitarios. En 1900 emprende viaje a París. En 1901 se establece definitivamente en Buenos Aires. Un año más tarde se va a Misiones. De ahí pasa al Chaco con el propósito de dedicarse al cultivo del algodón. Como no prospera en este primer ensayo industrial vuelve a Buenos Aires donde permanece hasta 1909. Aquí fué primero profesor de enseñanza secundaria. Después colaborador asiduo de *Caras y Caretas*. En 1910, una vez casado, va a establecerse de nuevo a San Ignacio, relatando después en numerosos cuentos de alto valor literario sus impresiones sobre la tierra misionera. Por ello mereció el calificativo de hombre de

suerte de parte de quienes lo vieron trabajar allá en el extremo norte de la República. «Este Quiroga, se dice aún en Misiones, pierde el dinero en cultivos y se desquita, después contando como llegó a arruinarse».

En 1917 Quiroga regresa otra vez a Buenos Aires. Desde esa época vive entre nosotros salvo los pocos meses que anualmente dedica a nuevas jiras por Misiones.

He aquí la bibliografía de Quiroga: *Los arrecifes de coral*, (verso y prosa) 1901. *El crimen del otro*, (cuentos) 1904. *Historia de un amor turbio* (novela) y *Los perseguidos* 1908. *Cuentos de amor, de locura y de muerte* 1916. *Cuentos de la selva*, (para los niños), 1918. *El salvaje*, (cuentos) 1919. *Las Sacrificadas* (cuento escénico que estrenó con éxito la compañía de Angela Tesada en 1920). *Anaconda* (cuentos) 1921. *El Desierto* (cuentos) 1924. *Los Desterrados* (cuentos) 1926. Además unas cincuenta narraciones en *La Nación*, *El Hogar*, *Caras y Caretas*, *Plus Ultra* y *Babel*, amén de otras tantas historias naturales para los niños y de muchos artículos y ensayos tampoco recogidos en volumen hasta la fecha.

Aparte de las versiones al portugués que se han hecho en el Brasil, los cuentos de Quiroga han sido traducidos al francés por M. Francis de Miomandre, al inglés por Mr. Arthur

Livingston y actualmente se están traduciendo al italiano. Por su parte la casa Calpe de Madrid publicó una selección de sus mejores cuentos bajo el título común de uno de ellos.

Rara vez se ofrece la dichosa oportunidad de elogiar una obra con entusiasmo, sin reticencias y con justicia, sobre todo entre nosotros. Más frecuente es el aplauso exagerado y mal fundado, sin duda porque en país de ciegos el tuerto es rey. Pero ya el nuestro no es, afortunadamente, tan de ciegos en materia artística, ni creemos que, salvo algún espíritu avieso o de emulación desviada, pueda nadie leer el volumen de Horacio

Quiroga sin compartir nuestra apreciación. Porque a los méritos señalados agrégase otro de muchos quilates, y que pocos libros nuestros ofrecen al simple lector, al hombre corriente: el interés que le lleva de página en página, sin decaer, rebotando y elevándose cuando parecía agotado, mediante inesperadas, sobrias y vívidas peripecias. Las obras de imaginación de la mayoría de los escritores pecan por la mala dosificación del interés, por el desequilibrio de sus partes, desproporcionadas en cuanto a su importancia relativa como miembro de un todo. Por eso no son «entretenidas», por eso suelen caerse de las manos, mientras que tal cosa no ocurre con los libros de Quiroga. Y Quiroga no oculta su secreto que estriba, aparte el talento natural y el largo estudio—no de literatura sino de vida—en elegir cuidadosamente la ejecución, la carne, el ropaje. Y he ahí una lección que añadir a la de sus apólogos, oh jóvenes colegas improvisadores!

En cuanto al estilo, es hermoso, robusto, eficaz y libre. El autor tiene ganada en buena lid la libertad que usa pero de que no abusa. Si cometiera alguna incorrección para los gramáticos acaso resultara osadía y hasta belleza para los artistas. Y algunas prosas límpidas y tersas como agua de lago, envidiarán sin duda la turbulencia de este Yabebirí desbordado, pero armonioso como lo es el silbo del Pampero...

Con un libro como este por año, la literatura de un país puede enorgullecerse de ser rica y fecunda. Pero no vemos todos los años un libro como éste. Cada año no hay un hom-



Horacio Quiroga, su moto y su canoa

bre del valor moral, y sentimental y artístico de Quiroga, que se vuelque entero en un libro.

1914.

ROBERTO J. PAYRÓ.

Conozco la obra intelectual de Horacio Quiroga y la he seguido con simpatía y consideración crecientes, desde que se inició allá, en los tiempos lejanos de *Arrecifes de coral*, hasta hoy día en que BABEL nos anuncia la aparición de *Los desterrados*, su nuevo libro de cuentos.

Me creo por lo tanto y por lo menos como lector asiduo y consecuente, habilitado para opinar con conocimiento de causa, sobre la producción de este autor cada vez más nuestro, porque cada vez ahonda con mayor experiencia y mejor fruto, en una de las más bellas cuanto casi ignoradas regiones de nuestra tierra y porque cada año que pasa, agrega una nueva y brillante página, al para nosotros los argentinos, ya grande y amado y respetable libro de las letras nacionales.

A mi juicio y salvo algunas excepciones de heterogeneidad que atribuyo a esa obligación de escribir en que suele ponerse a veces a los autores, la obra de Quiroga, puede ser dividida en tres partes tan diferentes entre ellas como son las tres fases de su talento creador.

Nuestro cuentista, se enamoró primero de la fantasía, después de la psicología y por último, de la bella y eterna e imponente madre Naturaleza, con la que se encontró un día cara a cara, en uno de sus más grandiosos y primitivos escenarios y en la hora

precisa, en que el hombre llegaba a la fecunda madurez de sus talentos.

Y sucedió entonces lo que tenía que suceder. El cuentista con ribetes poenianos de *El crimen del otro* y el psicólogo de *Historia de un amor turbio*, vale decir, aquellos dos hermanos que habían sabido conquistarse ya, su lugar cada uno en el campo de las letras, al verse en el seno de la naturaleza tropical, al sentir en los rostros, la respiración ardorosa de la selva virgen, al llenarse los ojos de sol y de colores nuevos y los oídos del rumor incesante e imponente del gran río, comprendieron o mejor dicho, recordaron de pronto, en donde están y estarán siempre eternas e inmutables las

fuentes de la belleza, y se refundieron en un abrazo de fraternidad e inteligencia, para dar origen a este tercer cuentista de *Los mensú*, de *A la deriva*, de *El alambre de púa*, etc.; más prócer y varonil aún que sus hermanos, a este cuentista misionero, que todos aplaudimos sin reservas y que si usa de la herencia de aquéllos, es tan sólo para ponerla a la manera de discretas pinceladas de oro, sobre la inconfundible impronta de su garra...

La obra de Quiroga desde su iniciación hasta la fecha, denota un constante y armónico progreso. Es como una de esas perspectivas de camino recto, que parecen nacer en un punto del horizonte y que al avanzar hacia el observador, se van ensanchando en progresión matemática.

Pocos autores habrá que como Quiroga, pueda ofrecer este ejemplo de modelo de marcha hacia la culminación. Todos sabemos que lo más frecuente es lo contrario: Venir de mayor a menor, hasta terminar en rabillo...

BENITO LYNCH.

Hace muchos años, no quisiera decir cuántos, antes de que hubiese escrito yo mi primer verso, llegó a mis manos una antología de poetas uruguayos, coleccionada por Raúl Montero Bustamante. Entre aquel copioso conjunto, las composiciones de Horacio Quiroga me impresionaron hondamente, y una de ellas, que comenzaba por una fecha, vivió largo tiempo, sin mutilación, en mi memoria. Poco después, al descubrir *Los Arrecifes de Coral* en el sótano de una librería,

completé mi conocimiento del poeta.

Conservo, pues, su recuerdo, definitivamente mezclado al perfume de mis primeras admiraciones literarias. Y como resultado de ese recuerdo en la embrujada alquimia del laboratorio mental, no he podido, no puedo nunca leer a nuestro gran cuentista de hoy, sin evocar, detrás de su estilo deliberada y vigorosamente descarnado, el fondo sentimental de aquella lírica remota...

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.

El poeta sorprende en su casa a don Horacio Quiroga

DÉCIMA

Este del largo gañote,
aguileño y bien barbado
en la bayeta aforrado
de su maltrecho capote;
que en pantuflo y capirote
remata con su indumento,
amigos, os lo presento:
es Don Horacio Quiroga,
siembra, bina, caza, boga,
y es además rey del cuento.

FERNÁNDEZ MORENO.

Horacio Quiroga no es la literatura, o es algo más que la literatura: hemos leído un cuento, diez cuentos, veinte cuentos suyos. ¿Qué recuerdos conservamos de ellos? ¿Acaso la simple emoción de la vida? ¿El estilo? No, algo menos y algo más: eso que elogiaba en Maupassant un crítico tudesco de los más agudos: el don de interesar, de sacudir la modorra del aburrimiento... y de calar muy hondo en el mundo obscuro de los sentimientos. *La gallina degollada*, *A la deriva*, *Anaconda*, fueron la lectura de una hora, pero una de esas lecturas que nos ganaron un amigo para siempre, uno de esos amigos del es-

píritu con quien conversamos cada cierto tiempo, en la lectura de un nuevo libro o en la lectura del volumen que, a menudo, solicita la inquietud de una meditación.

Horacio Quiroga encarna una expresión singular de la literatura argentina: es el escritor que observa y sabe ver. Está desplazado de la moda, porque anda bien distante de ese mundo nuevo de las sensaciones, que han exprimido Proust o Joyce. El pertenece a esa escuela eternamente sencilla de la vida que, en fuerza de mucho conocerla, la ignoramos más de lo necesario. Sus cuentos nos llevan hasta la naturaleza, al fondo mismo de la vida, donde se nos obliga a identificarnos con un mundo casi primitivo: el río, la selva, la casualidad, el destino, la alimaña, especie de personajes borrosos de un coro oculto, en esa tragedia de la sucesión cotidiana del tiempo. Cuando *Anaconda* nos mueve a olvidar la urbe ciudadana, es porque casi alcanzamos a concebir la posibilidad de estar situados fuera de la costumbre civil, que nos amarra a las obligaciones de siempre. Y entonces el novelador ha sido capaz de aislarnos en su análogo imaginativo, que para nosotros constituye la cualidad esencial de ese creador: y *Anaconda* llega a ser como un símbolo característico de todo el atractivo que posee el talento de Horacio Quiroga, tan sencillito, tan humano, en estos tiempos en que se riñe en nombre de la deshumanización del arte.

ARMANDO DONOSO

Horacio Quiroga es uno de nuestros más representativos escritores (aunque uruguayo puedo citarlo como nuestro, por razones notorias que tocan a su persona y a su arte, así como tal fué en el teatro Florencio Sán-

chez, y en cierto modo lo es Javier de Viana en el cuento campero). Cuando más de una presuntuosa novela haya sido olvidada, vivirán algunas narraciones de Quiroga, de sus *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, o de sus colecciones posteriores. Cinco lustros atrás, ante su primer libro, Lugones lo declaraba nuestro mejor prosista; pensaba sin duda en la «evidencia» de su prosa; en 1908, abordaba Quiroga la novela de análisis, en su desigual *Historia de un amor turbio*; después vinieron sus mejores cuentos, más de uno digno de la Antología. Con buena voluntad puede descubrirla ascendientes literarios: por un lado Poe, por otro Kipling. Tal vez. Lo sabemos—*nihil novum*—que no es de hoy la afición a lo misterioso, a lo extraño a lo exótico. Pero haríamos mal en regatearle originalidad. Sus propios defectos, entre ellos la arbitrariedad de su prosa—que tiene mucho de la desdeñosa acometividad de su silueta física, de su trazo seco, de su palabra áspera y atropellada, de su aparente falta de ternura,—acentúan su fisonomía literaria, sincera, aguda y fuerte. La facultad de subyugar, es sustancial en él. Sus fuentes de inspiración son los casos patológicos y extraños: el mundo del horror; la presencia en la vida humana del alma de los animales, como adivinados en su psiquis rudimentaria; el esfuerzo de los huraños trabajadores y *pioneros* en la selva chaqueña y misionera, entre los cuales se contó. Tiene una gran potencia imaginativa, siente intensamente las cosas y las expresa con extraordinario vigor y plenitud, con no común equilibrio entre el elemento analítico y el descriptivo. Hasta la alucinación bajo su pluma parece cosa verdadera. Nadie capaz como él de producir la sensación de horror. Su influencia se manifiesta en algunos cuentistas más jóvenes.

ROBERTO F. GIUSTI

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

Cervecería TRAUBE

se refiere a una em- singular en Costa experiencia la colo-

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Dr. Gilberto Maldonado

Cirujano Dentista

Asepsia escrupulosa. Esmerado trabajo, práctica general. Satisfacción garantizada. Precios razonables. Equipo moderno y completo. Oficina: Avenida Central, frente a la tienda de Jaime Carranza.

Teléfono N.º 962. Apartado N.º 680

De gran interés

Para informarse del movimiento social, literario y artístico de España, suscríbase a REVISTA POPULAR. 20 páginas quincenales con dibujos y caricaturas, 7 ptas. al año; pero con los libros que regalamos, le resultará gratis. Diego León, 8. Córdoba (España).

La poesía contemporánea mexicana

(Viene de la página 87).

Nueva España

En el estanque añoso del jardín colonial
duerme el rumor ilustre del ensueño ancestral.

Sus linfas, que se arrugan como seda joyante,
saben de la prosapia gentil del guardainfante,
del abolengo altivo de la robusta espada,
de egregios talabartes de Córdoba y Granada,
del vargueño de sándalo, de la hopalanda fina,
y de las suavidades del damasco de China.

Aquí alzó el azulejo su prócer Talavera
y sus cristalerías de piedra el Churriguera;
y una blonda virreina echó aquí su peineta
de carey, en memoria de su paje poeta
que se ahogó entre las ondas de su mala fortuna:
cazador de suspiros y pescador de luna.

Y en un vuelo de halcones, pasa tropa adventicia:
son los conquistadores: hierro, sangre y codicia,
bravos hombres de presa, y un rudo gerifalte
heraldiza su alcurnia y decora su esmalte.

Y el misterio alimenta Catalina de Erazo
con sus ubres de acero y su andrógino trazo,
y sonrisa es el robo que se afina y se aguza
con el pícaro ingenio de Martín Garatuza.
El Conde de Santiago se irgue con su lebre, y
atisba con un siniestro mirar don Juan Manuel,
y teologuiza clásico fray de la Veracruz,
y Gante lega al indio sus gérmenes de luz.
Atraviesa una estrellita de amor: el Misionero,
y una sombra con garras: el fosco Encomendero.
El Corsario se esboza como águila marina
acechando el velamen de la Nao de China.
Santo Tomás, incrédulo, quiere tocar la llaga

de Jesús en el cuadro de Sebastián de Arteaga.
Don Carlos Sigüenza destaca su perilla,
y su antiparra casi le cubre la mejilla.
Sor Juana alza libélulas de frágil vibración,
y es volcán, la joroba de Juan Ruiz de Alarcón.

Y el otoño sus oros en sordina desgrana;
en un rezo de frailes murmura una campana
llamando a santiguarse en la hora de queda;
y una monja levanta su mirada de seda
y su mano de nácar, en un místico ascenso;
y su cuerpo es un lirio perfumado de incienso,
y en su toca nevada las blancuras esplenden
como dos floripondios que su pétalo extienden.

Edad contradictoria que alumbrada se ve
por el ardor chirriante de los Autos de Fe,
y por brillo de rasos y azul de porcelanas,
y matices de cirios y elegancias mundanas.
Jaramagos la enmarcan, la decora la yedra,
y la ungen los aceites de la imagen de piedra.

Edad de flor de acero y de luz de coraza
en que el crisol crepita en fundición de raza;
fogosa y ruda y hosca, como un dragón de China,
o alada y leve y grácil, como una muselina.

Edad de paz de seda y de fulgor de laca,
con incendios de trópico y con ritmos de hamaca;
el halcón es su pájaro, su flor es el madroño,
el incienso es su aroma, y su marco, el otoño.
Y cruzan por el aire de ópalo y de zafiros,
una hoja, otra hoja, otra hoja... y suspiros!!!

Y en el estanque añoso del jardín colonial
duerme el rumor ilustre del ensueño ancestral.

AGUSTÍN LOERA Y CHÁVES

(Concluirá en la próxima entrega).

Se trata de Panamá, pueblo de honor

Panamá, enero 29 de 1927.

Al Director de *El Peludo*,

Buenos Aires.

Señor:

En el número 354 y en página 7
de su semanario he visto con justa
indignación y con sorpresa que no
puedo disimular, un articulito de un
tal Luis Munebar H., en el que se
quiere denigrar a la República de
Panamá, hablando de su independen-
cia como una cosa ficticia e irrisoria.

No debería tomarme la molestia de
contestar tal suelto, porque se ve a
las claras que procede de la pluma
de un desocupado o tal vez de un
necio que quiere poner a los pana-
meños en ridículo. Pero sabedor de
que puede dicho artículo traer malos
entendimientos a los que no conocen
a Panamá, ni saben de su estado
verdadero, quiero enviar a usted estas
líneas, con el ánimo de rectificar el
hondo error en que ha caído Mune-
bar, o para desvirtuar sus conceptos

malévolos, que pueden haber nacido
de su descarriada fantasía.

No soy panameño, pero he vivido
en esta tierra durante veinte años
consecutivos y en ella he aprendido
a amar y a respetar sus costumbres,
sus sanas tradiciones y el aire de li-
bertad que se respira por doquiera.
Ha de saber el articulista que con
mucho orgullo tiene derecho a lla-
marse República un pueblo que supo
protestar enérgicamente contra la ocu-
pación proyectada de una de sus
más preciadas islas, la de Taboga,
hasta conseguir que no se le fuese
despojada. Que es libre un país cuya
Asamblea rechaza un pacto inconve-
niente con la gran nación del Norte.
Que es independiente un suelo que
impone y respeta sus propias leyes
y derechos a toda hora. Verdad es
que Panamá vive bajo el amparo de
los Estados Unidos, que la ayudaron
en su secesión de Colombia, y que
hoy garantizan su independencia. Pero
por lo que antes dejo dicho, renuevo

mis protestas contra los calumniado-
res gratuitos de este floreciente país.
No se hace labor americanista pro-
curando denigrar a nuestros hermanos
de raza y de costumbres. Tanto se
habla de la unión espiritual de los
pueblos del continente de Colón y
tantas veces también se echa por
tierra este sublime ideal! Los que co-
nocen bien a este país no lo insultan;
haciéndole justicia, lo respetan,
lo quieren.

Aquí no hay prensa amarilla y se
recibe a todo emigrante honrado y
amigo del trabajo sano, con los bra-
zos abiertos. Hasta los calumniadores
gratuitos de esta tierra han vivido y
viven bajo la égida del tricolor nacio-
nal. Hay que conocer a Panamá para
formarse de ella un verdadero con-
cepto. Panamá es y seguirá siendo
una República, pese a sus enemigos.
Su servidor,

EDUARDO MADURO

(Copia para el REPERTORIO AMERICANO).

Suscríbase al REPERTORIO AMERICANO
y recomiéndelo a sus amigos.

El señor Chocano replica al señor Jiménez de Asúa

Hospital Militar de Lima (Perú),

12 de enero de 1927

Sr. Joaquín García Monge,

San José de Costa Rica

Estimado amigo:

Como veo que participa Ud. del error de creer que Edwin Elmore «dió la vida en pago de su último escrito»—según la anotación editorial que hace a los artículos que, sólo un año después del suceso, se decidiera a escribir el criminalista Luis Jiménez de Asúa, según aquí se dice, a instancias del diario *El Comercio* (de Lima) de que es colaborador rentado—espero de su corrección personal y periodística el que se sirva reproducir en el REPERTORIO AMERICANO las «Cuestiones de hecho» y los «Considerandos» que le copio de la sentencia de que he apelado y en los que la verdad queda proclamada por el mismo Tribunal Correccional, que, sin embargo, hubo de condenarme para obsequiar los deseos y servir los intereses políticos del Director de *El Comercio* citado, contra quien protestaron millares de ciudadanos el día de mi injusta sentencia, hasta el punto de que hubo la policía de hacer lujo de fuerza para evitar que el local de tal diario fuese asaltado y destruido por la indignación popular.

Al hacer la reproducción que solicito de Ud., se establecerá el que Elmore no pagó con la vida su escrito, sino su agresión: se desmentirán por el mismo Tribunal que me condenara todos los falsos cargos que Asúa me hace, mal informado por los que, al verse rebatidos aquí, han ido a pagar el auxilio que pudiera prestarles opinión ajena a la verdad de lo sucedido. Como ya he dado en la prensa de España y de Lima—conforme le consta a Ud. por el envío de *El Tiempo* que le he hecho—merecida respuesta al colaborador de *El Comercio*, Jiménez de Asúa, cuya tardanza de un año para opinar al respecto es prueba de los móviles poco espontáneos que le han decidido a producirse, bástame con que se conozcan las «Cuestiones de hecho» y los «Considerandos» que de mi sentencia en copia le acompaño.

Tocante a la traición a la Patria cometida en Arica por Teodoro Elmore—ya que se insiste en hacerme aparecer poco menos que como inventor de ella—me concreto a manifestarle que es esa la opinión uná-

nime de los sesenta y uno veteranos que forman en la actualidad la «Sociedad de Sobrevivientes de Arica», pudiendo además encontrarse noticia cierta de ello en la Colección de «Documentos Oficiales, etc. de la Guerra del Pacífico» por Pascual Ahumada Moreno (Tomo III, Págs. 174, 178, 183, 198 y 203). Hago constar que no soy quien lo dice: lo dicen todos los actuales sobrevivientes peruanos y todos los documentos oficiales chilenos.

Espero no tener que publicar palabra más a propósito de los que insisten en explotar el cadáver de quien sólo fué víctima de su propia violencia y de la peregrina suposición de que yo, con una arma en el bolsillo, me pudiera dejar resignadamente abofetear ni maltratar por nadie.

Ideologías aparte, siempre suyo, Afmo.

JOSÉ SANTOS CHOCANO

En respuesta al penalista Luis Jiménez de Asúa

Principales «Cuestiones de Hecho» consideradas por el Tribunal Correccional, antes de emitir su sentencia condenatoria:

—«¿Está probado que Elmore envió a *La Crónica* para su publicación un artículo... que no llegó a publicarse por injurioso e inconveniente?—Sí lo está.

—«¿Está probado que al ver Elmore a Chocano, lo atacó súbitamente con sus puños, GOLPEÁNDOLE EL ROSTRO, y lo sacó a empujones hacia el hall exterior, sujetándolo fuertemente...?—Sí lo está.

—«¿Está probado que Chocano trató de REPELER EL ATAQUE CON SU BASTÓN Y SUS PUÑOS, y que, DOMINADO EN LA LUCHA POR SU CONTENDOR, después de haber recibido UNA FUERTE PUÑADA EN EL VACIO DERECHO (hay comprobada un litiasis biliar) sacó del bolsillo un revólver...?—Sí lo está.

—«¿Está probado que Elmore, EN EL MISMO INSTANTE EN QUE RETROCEDÍA, por haber visto el arma en mano de Chocano, recibió el disparo, etc.?—Sí lo está. (No hubo, pues, disparo a tres metros de distancia, contra una pared).

—«¿Está probado que al sentirse herido el finado Elmore se dirigió POS SI SOLO a la puerta de calle, y de ahí varias personas lo condujeron en un automóvil al Hospital Italiano?—Sí lo está. (No hubo, pues, desvanecimientos, ni nada que le impidiera a Elmore marcharse hasta la calle por sus propios pies).

—«¿Está probado que el revólver de que hizo uso el procesado solamente tenía UNA CAPSULA QUEMADA?—Sí lo está. (No hubo, pues, más disparo que el que dió fin a la

agresión y permitió a Elmore marcharse por sus propios pies a la calle).

—«¿Está probado que Chocano hubiese buscado a Elmore para agredirle?—No está probado.

—«¿Está probado que con el propósito de matar a Elmore, se armó con el revólver?—No está probado».

Principales «Considerandos» de la sentencia condenatoria:

«Que la preventiva de fojas seis y las declaraciones de los testigos presenciales concuerdan en cuanto al hecho de que EL TIRO SE HIZO EN EL INSTANTE EN QUE RETROCEDÍA ELMORE, realizándose los actos con la mayor rapidez, lo que significa que EL DISPARO SE PRODUJO EN PLENA RIÑA...

«Que, por consiguiente, no hay fundamento legal para considerar que Chocano procedió con alevosía, circunstancia que supone seguridad en la perpetración del delito, sin riesgo alguno para el agente, lo que es insostenible ante la consideración de que ELMORE, INDUDABLEMENTE MÁS FUERTE QUE CHOCANO, PUDO DESARMARLO EN EL LANCE (como en el caso del bastón).

«Que... es menester, para determinar el grado de responsabilidad que afecta al procesado... contemplar la SITUACIÓN MORAL DE ESTE AL SER ABOFETEADO POR SU DETRACTOR en la imprenta de *El Comercio*, que por ser un local abierto al público, daba al suceso gran estrépito, impeliéndole ciegamente a vindicar su honor en cualquiera forma, PARA BORRAR EL OPROBIO CON QUE SE LE INFAMABA... y hacerse cargo, por último, que, llevando una arma consigo, como siempre acostumbraba y RESULTÁNDOLE INTOLERABLES LA HUMILLACIÓN Y LA VERGÜENZA DEL ATAQUE, sufrió tan repentina emoción de arrebató que REPELIÓ EL ATROPELLO DISPARANDO CONTRA SU OFENSOR (agresor)».

NOTA—El mismo Tribunal Correccional que dictara contra mi sentencia condenatoria de que he apelado, se encarga de desmentir uno a uno los falsos cargos que me hace Jiménez de Asúa, mal informado por los explotadores del cadáver de Elmore. Las «Cuestiones de hecho» y los «Considerandos» transcritos son bastantes para llevar al ánimo de cualquier hombre digno la seguridad de que ningún Jurado hubiera podido condenarme, por lo mismo que nadie sería capaz de declarar que, con un arma en el bolsillo, se dejaría agredir, abofetear y maltratar resignadamente. Con la firmeza que me da la tranquilidad de mi conciencia, declaro que estoy en disposición de repetir siempre lo que he hecho, en igualdad de circunstancias.

J. S. C.

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración:

LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA

El Repertorio Americano

PERFORADAS por una larva del *Anobium* que ha devorado tantos y tan excelentes libros están aquí las páginas del viejo *Repertorio Americano* que don Andrés Bello fechó el 1.º de julio de 1826. ¡Y qué nombre! No sudamericano, no hispanoamericano. Americano, aquí como en la proclama de Trujillo. Concebido para defender con el «interés de causa propia la de la independencia y libertad de los nuevos estados erigidos en aquel nuevo mundo»; no sólo para tratar los asuntos literarios sino también para exponer su geografía, su población, su historia, su agricultura, su comercio y sus leyes, este proyecto constituyó un punto de partida en la historia del desenvolvimiento intelectual del continente. Los hombres que mejor han sentido dentro de su alma la unidad espiritual del continente han debido contemplarlo en su realidad esencial. Los políticos de cada estado rara vez encaran esa continental entidad; les falta la aspiración que sabe mirar de lejos y de alto; les basta con la ambición que mira de cerca y sólo entra en transacciones a corto plazo. De allí que hayan sido sólo los intelectuales de más amplios horizontes quienes se han puesto al servicio de ese transcendente ideal. Son los lejanos precursores de un movimiento que asombrará a las generaciones de América, no tanto por la magnificencia de su realización como por lo tardío de la final empresa.

¡Qué honda influencia se ejerció en el ánimo de don Andrés Bello con aquella su larga ausencia de las sociedades hispanoamericanas!

La mirada se acostumbra a contemplar esos pueblos en cuanto de más alto y de mejor tienen. Las averciones que surgen amenudo del diario choque de las pequeñeces de la vida no tienen ocasión de amanecer en el ánimo y lo espiritual de la raza se levanta fulgurante como unidad entrañable de augusto porvenir. Cuando se está lejos de las patrias aisladas cesa de comprenderse el aislamiento y se hacen eminentes los rasgos de la vasta comunidad una.

Nos parecen pigmeos y malvados sin visión todos los políticos que fomentan para fines mezquinos de la política doméstica las desavenencias transitorias de los estados vecinos. Sin sentido nos parece otro nacionalismo que no sea el grande, de todo el Continente. ¿Miró de esta suerte las cosas don Andrés Bello? Claro que sí. Un amor hondo por las cosas de América le hizo decir en el Prospecto con que introduce el primer número:

«Tendremos especial cuidado en hacer que desaparezca de esta obra toda predilección a favor de ninguno de nuestros estados o pueblos; escribimos para todos ellos, y el *Repertorio*, fiel a su divisa, será verdaderamente *americano*».

Nutría en su corazón la esperanza de que algún día América «vuelva con usura a la Europa el caudal de luces que hoy le pide prestado, y, llenando sus altos destinos, reciba las bendiciones de la posteridad».

El primer trabajo que aparece en el *Repertorio* es las *Silvas Americanas*, la primera de ellas dedicada a la *Agricultura de la zona tórrida*, sin firma de autor. El segundo trabajo es la revista de un libro de P. F. Tissot, *Estudios sobre Virgilio* del cual hace un caluroso elogio. A continuación se hallan las *Indicaciones sobre conveniencia de simplificar y uniformar la ortografía de América*.

Aquí está, pues, aquel primer paso para realizar la reforma que a pesar de ser imperativa no ha pasado de producir simples tentativas en una dirección que comportará un progreso efectivo. Al organizarse los trabajos permanentes de un Congreso de intelectuales esta será una materia por considerar y resolver.

A continuación Bello hizo una exposición de ideas acerca de educación con motivo de la *Escuela de Hazelwood*. Luego aparecen sus breves observaciones acerca del *Canto a Bolívar* de J. J. Olmedo. Las más de las críticas que luego se han hecho están basadas en las notas de Bello. El artículo VI versa también sobre materias de educación y como los anteriores lleva las iniciales del autor: A. B. Y tras una traducción de una oda de Horacio ejecutada por Olmedo vienen los trabajos de la Segunda Sección destinados a las *Ciencias Matemáticas y Físicas, Variedades, el Empleo del tiempo, Fastos Americanos, Comercio de la Francia, Instrucción de América, Revolución de Colombia, Documentos relativos a la Historia de América y Boletín bibliográfico*, en todo 320 páginas, es el contenido de ese primer número. Exposiciones, juicios, informaciones, todo lleva el mismo sello de seriedad y de amor de cultura que caracterizó la obra de don Andrés Bello. Para él fué un ideal de su Revista difundir la ciencia y el amor de las letras en las jóvenes sociedades de América y juzgó y declaró que era Londres el centro donde tales esfuerzos podrían ser coronados por el éxito. Sin el auxilio de las dos casas de *Bossange, Barthés i Lowell*

en Londres y *Bossange* padre, en París, el *Repertorio Americano* habría sido un ensueño de Bello.

Pareció ser el propósito de *El Repertorio* revelar a las naciones europeas la existencia de las nacientes sociedades americanas animadas por un mismo amor de artes y de ciencias para quienes aquella obra benemérita se realizaba. El móvil fué generoso y la ejecución digna del apacible entendimiento que la concibió y emprendió. No estuvo solo. García del Río que firmaba G. R., fué su asiduo colaborador. Pero el tono severo de la revista lo daba don Andrés.

Cien años más tarde el *Repertorio* había ya vuelto a la vida como bajo el influjo de semejante estrella. Las manos inteligentes que habían operado el prodigio están animadas por el mismo grande amor de cultura que ennoblecó las páginas del primero; pero el objetivo se ha transformado, elevándose. Y elevándose en la dirección que más hubiera podido halagar al autor de los *Principios de Derecho Internacional*. Don Andrés Bello contemplaba las diversas naciones hispanoamericanas en la comunidad de sus necesidades de educación, aspiraba a ilustrarlas por igual modo y a representarlas, ante Europa en cuanto de mejor hacían, poseían y ambicionaban. El *Repertorio* de hoy se ha consagrado a formar, a afirmar y desenvolver la conciencia de la raza revelando a cada entidad del conjunto su comunidad de intereses espirituales con el todo en el Continente y, si posible, con la raza fuera de él. El *Repertorio* es un órgano de la incipiente conciencia de la raza en el Continente. El mejor que conozco por la firmeza del ideal que jamás se pierde de vista, por la grande y benévola simpatía con que se reciben las ideas y el aprecio con que se acoge a los hombres.

Cuando la cultura de la raza en América haya alcanzado la edad de la adolescencia y comience a comprender la magnitud de la importancia de esa conciencia de la unidad del continente, en el corazón de éste se levantará un monumento de amor al *Repertorio* que puso una admirable inteligencia y una amorosa voluntad al servicio de una causa que no puede compararse con más de tres en las letras hispánicas.

R. BRENES MESÉN

35 First, Hall, Northwestern,
University;

Evanston, Illinois,
U. S. A.



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

La guerra de los yacarés ⁽¹⁾

En un río muy grande, en un país desierto donde nunca había estado un hombre, vivían muchos yacarés. Eran más de cien o más de mil. Comían pescados, bichos que iban a tomar agua al río, pero sobre todo pescados. Dormían la siesta en la arena de la orilla, y a veces jugaban sobre el agua cuando había noches de luna.

Todos vivían muy tranquilos y contentos. Pero una tarde, mientras dormían la siesta, un yacaré se despertó de golpe y levantó la cabeza porque creía haber sentido ruido. Prestó oído, y lejos, muy lejos, oyó efectivamente un ruido sordo y profundo. Entonces llamó al yacaré que dormía a su lado.

—¡Despiértate!—le dijo.—Hay peligro.

—¿Qué cosa?—respondió el otro, alarmado.

—No sé—contestó el yacaré que se había despertado primero.—Siento un ruido desconocido.

El segundo yacaré oyó el ruido a su vez, y en un momento despertaron a los otros. Todos se asustaron, y corrían de un lado a otro con la cola levantada.

Y no era para menos su inquietud, porque el ruido crecía, crecía. Pronto vieron como una nubecita de humo a lo lejos, y oyeron un ruido de *chás-chás* en el río, como si golpearan el agua muy lejos.

Los yacarés se miraban unos a otros: ¿qué podía ser aquello?

Pero, un yacaré viejo y sabio, el más sabio y viejo de todos, un viejo yacaré a quien no quedaban sino dos dientes sanos en los costados de la boca, y que había hecho una vez un viaje hasta el mar, dijo de repente:

—¡Yo sé lo que es! ¡Es una ballena! ¡Son grandes y echan agua blanca por la nariz! El agua cae para atrás.

Al oír esto, los yacarés chiquitos comenzaron a gritar como locos de miedo, zambullendo de cabeza. Y gritaban:

—¡Es una ballena! ¡Ahí viene la ballena!

Pero el viejo yacaré sacudió de la cola al yacaré que tenía más cerca.

—¡No tengan miedo!—les gritó.—¡Yo sé lo que es la ballena! ¡Ella tiene miedo de nosotros! ¡Siempre tiene miedo!

Con lo cual los yacarés chicos se tranquilizaron. Pero en seguida volvieron a asustarse, porque el humo gris se cambió de repente en humo negro, y todos sintieron bien fuerte ahora el *chás-chás-chás* en el agua. Los yacarés, espantados, se hundieron en el río, dejando solamente fuera los ojos y la punta de la nariz. Y así vieron pasar delante de ellos aquella cosa inmensa, llena de humo y golpeando el agua, que era un vapor de ruedas, que navegaba por primera vez por aquel río.

El vapor pasó, se alejó y desapareció. Los yacarés entonces fueron saliendo del agua, muy enojados con el viejo yacaré, porque los había engañado diciéndoles que eso era una ballena.

—¡Eso no es una ballena!—le gritaron en las ore-

jas, porque era un poco sordo.—¿Qué es eso que pasó?

El viejo yacaré les explicó entonces que era un vapor, lleno de fuego, y que los yacarés se iban a morir todos si el buque seguía pasando.

Pero los yacarés se echaron a reír, porque creyeran que el viejo se había vuelto loco. ¿Por qué se iban a morir ellos si el buque seguía pasando? ¡Estaba bien loco, el pobre yacaré viejo!

Y como tenían hambre se pusieron a buscar pescados.

Pero no había ni un pescado. No encontraron un solo pescado. Todos se habían ido, asustados por el ruido del vapor. No había más pescados.

—¿No les decía yo?—dijo entonces el viejo yacaré.—Ya no tenemos nada que comer. Todos los pescados se han ido. Esperemos hasta mañana. Puede ser que el vapor no vuelva más, y los pescados volverán cuando no tengan más miedo.

Pero al día siguiente sintieron de nuevo el ruido en el agua, y vieron pasar de nuevo el vapor, haciendo mucho ruido y largando tanto humo que oscurecía el cielo.

—Bueno:—dijeron entonces los yacarés—el buque pasó ayer, pasó hoy, y pasará mañana. Ya no habrá más pescados ni bichos que vengan a tomar agua, y nos moriremos de hambre. Hagamos entonces un dique.

—¡Sí, un dique! ¡un dique!—gritaron todos, nadando a toda fuerza hacia la orilla.—¡Hagamos un dique!

En seguida se pusieron a hacer el dique. Fueron todos al bosque y echaron abajo más de diez mil árboles, sobre todo lapachos y quebrachos, porque tienen la madera muy dura. Los cortaron con la especie de serrucho que los yacarés tienen encima de la cola; los empujaron hasta el agua, y los clavaron a todo lo ancho del río, a un metro uno de otro. Ningún buque podía pasar por allí, ni grande ni chico. Estaban seguros de que nadie vendría a espantar a los pescados. Y como estaban muy cansados, se acostaron a dormir en la playa.

Al otro día dormían todavía, cuando oyeron el *chás-chás-chás* del vapor. Todos oyeron, pero ninguno se levantó ni abrió los ojos siquiera. ¿Qué les importaba el buque? Podía hacer todo el ruido que quisiera; por allí no iba a pasar.

En efecto, el vapor estaba lejos todavía cuando se detuvo. Los hombres que iban adentro miraron con anteojos aquella cosa atravesada en el río, y mandaron un bote a ver qué era aquello que les impedía pasar. Entonces los yacarés se levantaron y fueron al dique, y miraron por entre los palos, riéndose del chasco que se había llevado el vapor.

El bote se acercó, vió el formidable dique que habían levantado los yacarés y se volvió al vapor. Pero después volvió otra vez al dique, y los hombres del bote gritaron:

—¡Eh, yacarés!

—¡Qué hay!—respondieron los yacarés, sacando la cabeza por entre los troncos del dique.

—¡Nos está estorbando eso!—continuaron los hombres.

—¡Ya lo sabemos!

—¡No podemos pasar!

—¡Es lo que queremos!

—¡Saquen el dique!

—¡No lo sacamos!

Los hombres del bote hablaron un rato en voz baja entre ellos y gritaron después:

—¡Yacarés!

(1) Caimanes.

- ¡Qué hay!—contestaron ellos.
- ¿No lo sacan?
- ¡No!
- ¡Hasta mañana, entonces!
- ¡Hasta cuando quieran!

Y el bote volvió al vapor, mientras los yacarés, locos de contento, daban tremendos colazos en el agua. Ningún vapor iba a pasar por allí, y siempre, siempre habría pescados.

Pero al día siguiente volvió el vapor, y cuando los yacarés miraron el buque, quedaron mudos de asombro: ya no era el mismo buque. Era otro, un buque de color ratón, mucho más grande que el otro. ¿Qué nuevo vapor era ese? ¿Ese también quería pasar? No iba a pasar, no. ¡Ni ése, ni otro, ni ningún otro!

—¡No, no va a pasar!—gritaron los yacarés, lanzándose al dique, cada cual a su puesto entre los troncos.

El nuevo buque, como el otro, se detuvo lejos, y también como el otro bajó un bote que se acercó al dique.

Dentro venían un oficial y ocho marineros. El oficial gritó:

- ¡Eh, yacarés!
- ¿Qué hay!—respondieron éstos.
- ¿No sacan el dique?
- No.
- ¿No?
- ¡No!

—Está bien—dijo el oficial.—Entonces lo vamos a echar a pique a cañonazos.

—¡Echen!—contestaron los yacarés.

Y el bote regresó al buque.

Ahora bien, ese buque de color ratón era un buque de guerra, un acorazado con terribles cañones. El viejo yacaré sabio que había ido una vez hasta el mar, se acordó de repente, y apenas tuvo tiempo de gritar a los otros yacarés:

—¡Escóndanse bajo el agua! ¡Ligero! ¡Es un buque de guerra! ¡Cuidado! ¡Escóndanse!

Los yacarés desaparecieron en un instante bajo el agua, y nadaron hacia la orilla donde quedaron hundidos, con la nariz y los ojos únicamente fuera del agua. En ese mismo momento, del buque de guerra salió una gran nube blanca de humo, sonó un terrible estampido, y una enorme bala de cañón cayó en pleno dique, justo en el medio. Dos o tres troncos volaron hechos pedazos, y en seguida cayó otra bala, y otra, y otra más, y cada una hacía saltar por el aire en astillas un pedazo de dique, hasta que no quedó nada del dique. Ni un tronco, ni una astilla, ni una cáscara. Todo había sido deshecho a cañonazos por el acorazado. Y los yacarés hundidos en el agua con los ojos y la nariz solamente de fuera, vieron pasar al buque de guerra, silbando a toda fuerza.

Entonces los yacarés salieron del agua y dijeron:

—Hagamos otro dique mucho más grande que el otro.

Y en esa misma tarde y esa noche misma hicieron otro dique, con troncos inmensos. Después se acostaron a dormir, cansadísimos, y estaban durmiendo todavía al día siguiente, cuando el buque de guerra llegó otra vez, y el bote se acercó al dique.

- ¡Eh, yacarés!—gritó el oficial.
- ¡Qué hay!—respondieron los yacarés.
- ¡Saquen ese otro dique!
- ¡No lo sacamos!
- ¡Lo vamos a deshacer a cañonazos como al otro!
- Deshagan... si pueden!

Y hablaban así con orgullo porque estaban segu-

ros de que su nuevo dique no podía ser deshecho ni por todos los cañones del mundo.

Pero un rato después el buque volvió a llenarse de humo, y con un horrible estampido la bala reventó en el medio del dique, porque esta vez habían tirado con granada. La granada reventó entre los troncos, e hizo saltar, despedazó, redujo a astillas las enormes vigas. La segunda reventó al lado de la primera, y otro pedazo de dique voló por el aire. Y así fueron deshaciendo el dique. Y no quedó nada del dique, nada, nada. El buque de guerra pasó entonces delante de los yacarés, y los hombres les hacían burla tapándose la boca.

—Bueno—dijeron entonces los yacarés, saliendo del agua.—Vámonos a morir todos, porque el buque va a pasar siempre y los pescados no volverán.

Y estaban tristes, porque los yacarés chiquitos se quejaban de hambre.

El viejo yacaré dijo entonces:

—Todavía tenemos una esperanza de salvarnos. Vamos a ver al Surubí. Yo hice el viaje con él cuando fui hasta el mar, y tiene un torpedo. El vió un combate entre dos buques de guerra, y trajo hasta aquí un torpedo que no reventó. Vamos a pedirselo, y aunque está muy enojado con nosotros los yacarés, tiene buen corazón, y no querrá que muramos todos.

El hecho es que antes, muchos años antes, los yacarés se habían comido a un sobrinito del Surubí, y éste no había querido tener más relaciones con los yacarés. Pero a pesar de todo fueron corriendo a ver al Surubí, que vivía en una gruta grandísima en la orilla del río Paraná, y que dormía siempre al lado de su torpedo. Hay surubíes que tienen hasta dos metros de largo, y el dueño del torpedo era uno de éstos.

—¡Eh, Surubí!—gritaron todos los yacarés desde la entrada de la gruta, sin atreverse a entrar, por aquel asunto del sobrinito.

—¿Quién me llama?—contestó el Surubí.

—¡Somos nosotros, los yacarés!

—No tengo ni quiero tener relación con ustedes—respondió el Surubí, de mal humor.

Entonces el viejo yacaré se adelantó un poco en la gruta y dijo:

—¡Soy yo, Surubí! ¡Soy tu amigo, el yacaré que hizo contigo el viaje hasta el mar!

Al oír esa voz conocida, el Surubí salió de la gruta.

—¡Ah, no te había conocido!—le dijo cariñosamente su viejo amigo.—¿Qué quieres?

—Venimos a pedirte el torpedo. Hay un buque de guerra que pasa por nuestro río y espanta a los pescados. Es un buque de guerra, un acorazado. Hicimos un dique, y lo echó a pique. Hicimos otro, y lo echó también a pique. Los pescados se han ido, y nos moriremos de hambre. Danos el torpedo, y lo echaremos a pique a él.

El Surubí, al oír esto, pensó un largo rato. Y después dijo:

—Está bien: les prestaré el torpedo, aunque me acuerdo siempre de lo que hicieron con el hijo de mi hermano. ¿Quién sabe hacer reventar el torpedo?

Ninguno sabía, y todos se callaron.

—Está bien—dijo el Surubí con orgullo—yo lo haré reventar. Yo sé hacer eso.

Organizaron entonces el viaje. Los yacarés se ataron todos unos con otros: de la cola del uno al cuello del otro: de la cola de éste, al cuello de aquél, formando así una larga cadena de yacarés que tenía más de una cuadra. El mismo Surubí empujó al torpedo hacia la corriente, y se colocó bajo él, soste-

niéndolo sobre el lomo para que flotara. Y como las lianas con que estaban atados los yacarés uno detrás de otro se habían concluido, el Surubí se prendió con los dientes de la cola del último yacaré, y así emprendieron la marcha. El Surubí sostenía al torpedo, y los yacarés tiraban, corriendo por la costa. Subían bajaban, saltaban por sobre las piedras, corriendo siempre y arrastrando al torpedo, que levantaba olas como un buque por la velocidad de la corrida. Pero a la mañana siguiente, bien temprano, llegaban al lugar donde habían construido su último dique, y comenzaron en seguida otro, pero mucho más fuerte que los anteriores, porque por consejo del Surubí colocaron los troncos bien juntos uno al lado del otro. Era un dique realmente formidable.

Hacía apenas una hora que acababan de colocar el último tronco del dique, cuando el buque de guerra apareció otra vez, y el bote con el oficial y los ocho marineros se acercó de nuevo al dique. Los yacarés se treparon entonces por los troncos y asomaron la cabeza del otro lado.

—¡Eh, yacarés!—grito el oficial.

—¡Qué hay!—respondieron los yacarés.

—¿Otra vez el dique?

—¡Sí, otra vez!

—¡Saquen ese dique!

—¡Nunca!

—¿No lo sacan?

—¡No!

—Bueno, entonces oigan—dijo el oficial.—Vamos a deshacer este dique, y para que no quieran hacer otro los vamos a deshacer después a ustedes, a cañonazos. No va a quedar ni uno solo vivo—ni grandes, ni chicos, ni gordos, ni flacos, ni jóvenes ni viejos—como ese viejísimo yacaré que veo allí, y que no tiene sino dos dientes en los costados de la boca.

El viejo y sabio yacaré, al ver que el oficial hablaba de él y se burlaba, le dijo:

—Es cierto que no me quedan sino pocos dientes, y algunos rotos. ¿Pero sabe usted qué van a comer mañana estos dientes?—añadió abriendo su inmensa boca.

—¿Qué van a comer, a ver?—respondieron los marineros.

—A ese oficialito—dijo el yacaré, y se bajó rápidamente de su tronco.

Entretanto, el Surubí había colocado su torpedo bien en medio del dique, ordenando a cuatro yacarés que lo agarraran con cuidado y lo hundieran en el agua hasta que él les avisara. Así lo hicieron. En seguida los demás yacarés se hundieron a su vez cerca de la orilla, dejando únicamente la nariz y los ojos fuera del agua. El Surubí se hundió al lado de su torpedo.

De repente el buque de guerra se llenó de humo, y lanzó el primer cañonazo contra el dique. La granada reventó justo en el centro del dique, e hizo volar en mil pedazos diez o doce troncos.

Pero el Surubí estaba alerta, y apenas quedó abierto el agujero en el dique, gritó a los yacarés que estaban bajo el agua sujetando el torpedo:

—¡Suelten el torpedo! ¡Ligero, suelten!

Los yacarés soltaron, y el torpedo vino a flor de agua.

En menos del tiempo que se necesita para contar, el Surubí colocó el torpedo bien en el centro del boquete abierto, apuntó con un solo ojo, y po-

niendo en movimiento el mecanismo del torpedo, lo lanzó contra el buque.

¡Ya era tiempo! En ese instante el acorazado lanzaba su segundo cañonazo, y la granada iba a reventar entre los palos, haciendo saltar en astillas otro pedazo de dique.

Pero el torpedo llegaba ya al buque, y los hombres que estaban en él, lo vieron; es decir, vieron el remolino que hace en el agua un torpedo. Dieron todos un gran grito de miedo y quisieron mover el acorazado para que el torpedo no lo tocara.

Pero era tarde; el torpedo llegó, chocó con el inmenso buque bien en el centro, y reventó.

No es posible darse cuenta del terrible ruido con que reventó el torpedo. Reventó, y partió al buque en quince mil pedazos; lanzó por el aire, a cuerdas y cuerdas de distancia, chimeneas, máquinas, cañones, lanchas, todo.

Los yacarés dieron un gran grito de triunfo y corrieron como locos al dique. Desde allí vieron pasar, por el agujero abierto por la granada, a los hombres muertos, heridos y algunos vivos, que la corriente del río arrastraba.

Se treparon amontonados en los dos troncos que quedaban a ambos lados del boquete, y cuando los hombres pasaban por allí, se burlaban tapándose la boca con las patas.

No quisieron comer a ningún hombre, aunque bien lo merecía. Sólo cuando pasó uno que tenía galones de oro en el traje y que estaba vivo, el viejo yacaré se lanzó de un salto al agua, y ¡tac!, en dos golpes de boca se lo comió.

—¿Quién es ese?—preguntó un yacarecito ignorante.

—Es el oficial—le respondió el Surubí.

—Mi viejo amigo le había prometido que lo iba a comer, y se lo ha comido.

Los yacarés sacaron el resto del dique, que para nada servía ya, puesto que ningún buque volvería a pasar por allí. El Surubí, que se había enamorado del cinturón y los cordones del oficial, pidió que se los regalaran, y tuvo que sacárselos de entre los dientes al viejo yacaré, pues habían quedado enredados allí. El Surubí se puso el cinturón, abrochándolo por bajo de las aletas, y del extremo de sus grandes bigotes prendió los cordones de la espada. Como la piel del Surubí es muy bonita, y por las manchas oscuras que tiene se parece a la de una víbora, el Surubí nadó una hora pasando y repasando ante los yacarés, que lo admiraban con la boca abierta.

Los yacarés lo acompañaron luego hasta su gruta, y le dieron las gracias infinitas de veces. Volvieron después a su paraje. Los pescados volvieron también, los yacarés vivieron y viven todavía muy felices, porque se han acostumbrado al fin a ver pasar vapores y buques que llevan naranjas.

Pero no quieren saber nada de buques de guerra.

HORACIO QUIROGA

(Del tomo *Cuentos de la Selva*).